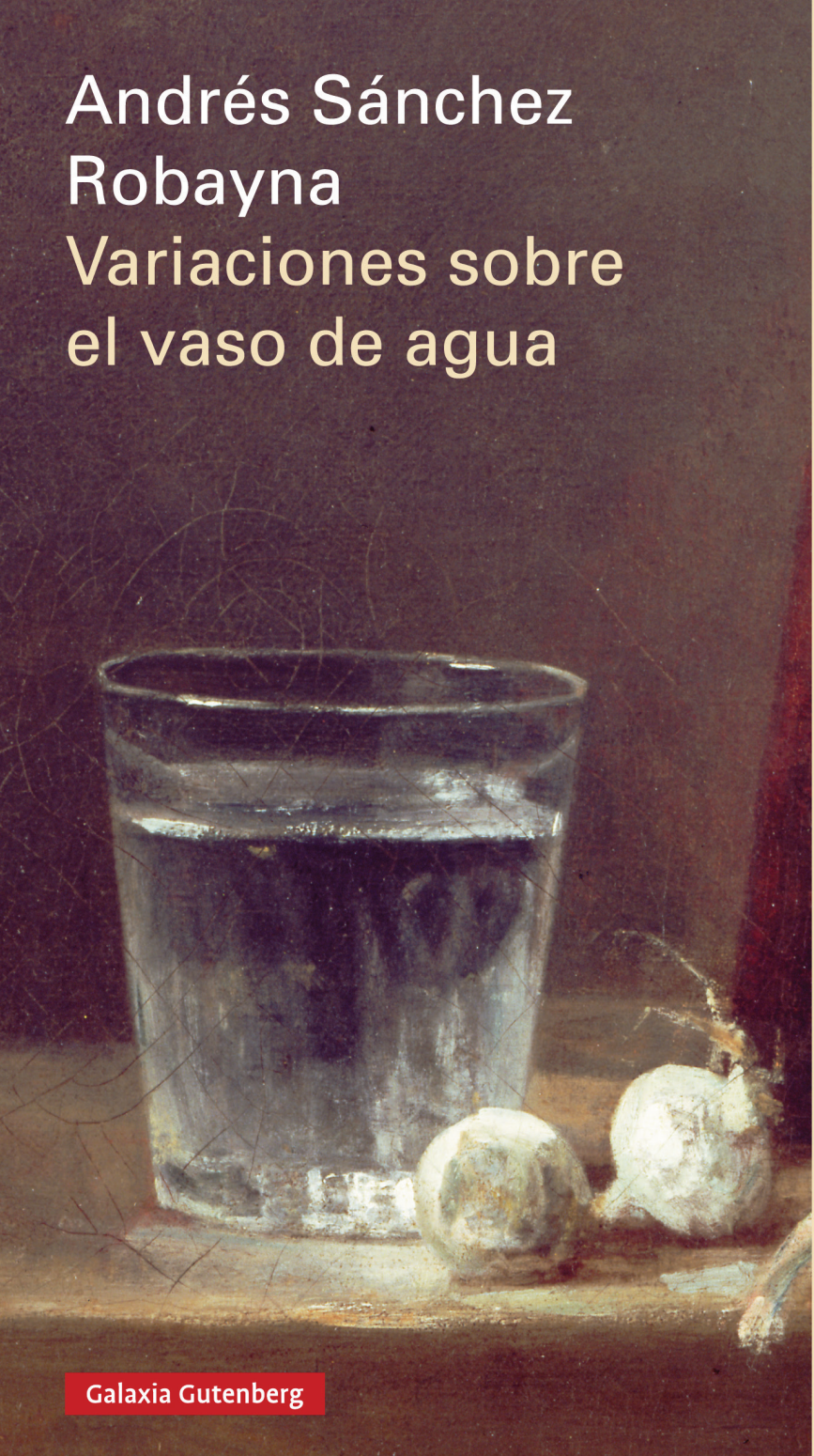
Andrés Sánchez Robayna

Variaciones sobre el vaso de agua



Galaxia Gutenberg

Andrés Sánchez Robayna

Variaciones sobre el vaso de agua

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero 2015

© Andrés Sánchez Robayna, 2015
© Los autores o sus herederos legales, por los poemas originales, 2015
© Holly Stevens, 1989. Copyright: Elsie Stevens y Holly Stevens, 1957,
por el poema «El vaso de agua», de Wallace Stevens
© Herederos de Jorge Guillén, por el poema «Vaso de agua», de Jorge Guillén, 2015
© Editorial Visor, por el poema [«después de por supuesto…»],
de e.e. cummings, y su traducción de Alfonso Canales
© Martha Gorostiza, por el poema «Muerte sin fin», de José Gorostiza, 2015
© Libros del Innombrable y Suzanne Ekelöf por el poema «La prueba del agua»,
de Gunnar Ekelöf, y Libros del Innombrable por su traducción de Francisco J. Uriz
© Laure Lacheroy de Ory, por el poema «El vaso de agua»,
de Carlos Edmundo de Ory, 2015
© Pilar Gómez Bedate, por el poema «Como en el vaso», de Ángel Crespo,
y por sus traducciones de los poemas «Vaso de agua», de Alberto de Lacerda,
y «El ingeniero», de João Cabral de Melo.
© Antonio Requeni, por su poema «El vaso de agua», 2015
© Editorial Pre-Textos, por el poema «Un vaso de agua», de Lasse Söderberg
© Nuno Júdice, por su poema «El misterio de la belleza», 2015
© Dónall Dempsey, por su poema «Vaso de agua», 2015
© Valerio Magrelli, por su texto [No tengo un vaso de agua], 2015
© José María Micó, por su poema «Vaso de agua», 2015
© Melchor López, por su texto [Recogí todo], 2015
© Los traductores, por la traducción de los poemas, 2015
© Adriana Hidalgo editora S. A., por el poema «El vaso de agua»,
de Francis Ponge, y por su traducción de Silvio Mattoni, 2015
© Fernando Pérez, por la traducción del texto [No tengo un vaso de agua]
de Valerio Magrelli, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Rodesa
Depósito legal: B 26102- 2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-55-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Un solo vaso de agua alumbra el mundo.
COCTEAU

PRELIMINAR

La aproximación que aquí proponemos podía ser realizada de diversas formas, todas ellas, acaso, igualmente válidas. La que hemos escogido –especificada en el primer apartado de estas páginas– nos vino sugerida por el propio motivo, es decir, determinada por los poemas mismos. No hemos impuesto al análisis un método previo; ese «método» ha surgido de los propios textos.

Las imágenes poéticas *hablan*, pero lo hacen de manera distinta a las imágenes pictóricas, que aquí comparecen también con algunos ejemplos. Unas y otras (*ut pictura poesis*) ofrecen del motivo del vaso de agua versiones que se alumbran mutuamente. Lo mismo que sabemos cuánto han importado a la pintura, en la tradición de Occidente, las lecciones de la poesía, ésta se ha visto no menos informada –y hasta fuertemente influida en muchos casos– por las imágenes plásticas.

En cuanto a la relevancia del motivo aquí estudiado y a las leyes misteriosas de los versos que lo representan e interpretan, bastará recordar unas líneas del ensayo de Marcel Proust precisamente titulado «La poesía o las leyes misteriosas»: «El poeta, que experimenta con júbilo la belleza de todas las cosas desde que la ha sentido en las leyes misteriosas que en sí mismo lleva […], experimenta y hace conocer con júbilo la belleza de todas las cosas, de un vaso de agua tanto como de los diamantes, de los diamantes tanto como del vaso de agua…».

En la segunda parte ofrecemos el texto íntegro de la mayor parte de los poemas mencionados. Algunos de ellos han

sido especialmente traducidos para esta edición. Nos complace, por lo demás, el hecho de que más de uno pueda, si no erramos, ser leído ahora por vez primera en nuestra lengua.

El poeta rumano Eugen Dorcescu nos puso en la pista del poema de su compatriota Tudor Arghezi, y nuestra buena amiga Ana Bundgaard tradujo especialmente para esta ocasión el poema del danés Klaus Rifbjerg. Reciban los dos nuestro agradecimiento más sincero.

A.S.R.

I

1

Una filosofía de lo poético –una filosofía tan libre y rigurosa como interesada en las propuestas que la poesía hace desde el punto de vista de la imagen y de su poder sobre nuestro psiquismo– deberá prestar al motivo del vaso de agua toda la atención que éste reclama desde hace tiempo en el interior de las tradiciones de Occidente. La relevancia que posee ese motivo poético viene determinada en buena medida por el destello de sus apariciones, por la variedad de sus casos, por la grata frecuencia, en suma, con que nos lo tropezamos en los contextos líricos más diversos. Cada una de esas apariciones, además, suele estar marcada por la sorpresa, como si el frescor mismo del agua nos asaltara en cada ocasión y se filtrara sutilmente en nuestro espíritu con esa intensidad que atesoran únicamente las imágenes definidas a un tiempo por su precisión y su misterio.

Ocurre, por otra parte, que todas esas apariciones de la imagen del vaso de agua, esos ejemplos casi incontables de un motivo tan caro a las investigaciones poéticas en nuestro tiempo –algo que haría pensar, justificadamente, en la posibilidad de la reiteración y hasta en el riesgo del cliché–, exhiben, por el contrario, la mayor parte de las veces una singularidad o una particularidad que es, sin duda, uno de los mejores atributos de su poder como imagen. ¿De qué manera interpretar, en efecto, los valores tan diversos que el vaso de agua, como motivo poético, es capaz de engendrar y de proponer a nuestra conciencia?

La respuesta que aquí buscamos (conviene aclararlo desde ahora) no reside de ninguna manera en los puros datos

racionales, en una posible «lógica interna» del motivo, sino en la seducción misma que en nosotros opera la imagen. Es preciso dejarse llevar por lo que esa imagen nos enseña, por aquello que nos muestra a través de ella *y en ella misma*. Es preciso, diríamos, *habitar* sus representaciones, sus metamorfosis, sus figuras, sus facetas múltiples. Sólo en la medida en que la imagen se haga perceptible como tal, visible hasta en sus menores detalles, podremos calibrar su verdadera significación.

Hay en la vida de toda imagen una pluralidad de valores cuyo sentido depende tanto de los aspectos puestos en juego en cada caso como del contexto en que se inscriban. Resulta ocioso señalar que el vaso de agua pensado y recreado por la imaginación del caminante en el desierto es bien distinto al vaso casi ritual en la mesilla de noche o a aquel que, en la pintura cubista, establece con el periódico y el frutero la pequeña órbita del amparo de lo cotidiano (los ejemplos de la pintura nos resultan igualmente útiles). En cada caso, los valores cambian y el objeto es el mismo, sin serlo. La vida de la imagen pide de nosotros que sepamos inscribir el vaso en su ámbito preciso, que sepamos dejarlo hablar o manifestarse desde la atmósfera en que se inserta.

A veces, sin embargo, es su simple aparición lo que refresca nuestra conciencia, lo que nos hace anhelarlo: lo que nos llama a él. ¿Para *purificarnos*, acaso? Sabemos que, como recipiente, el vaso recibe desde antiguo el agua de la Gracia y que, en la pila bautismal o en la situada a la entrada de los templos, el agua es siempre un agua de purificación. No es imposible que, en la larga historia del motivo de los recipientes de agua, ese valor haya permanecido en nosotros de manera inconsciente y esté alentando todavía en lo que hemos llamado aquí la vida de la imagen.

Sea como sea, vaso y agua, continente y contenido, viven en total continuidad, en una poderosa unidad de sentido. En el mundo simbólico del cristianismo, el vaso está asociado al cuerpo, y el agua al alma («El cristiano –dice San Pablo– es como una vasija de barro»). Una de las enseñanzas, no obs-

tante, del motivo del vaso de agua en los testimonios que nos ofrece la poesía consiste precisamente en la impugnación de todo dualismo, en la instauración del principio de no dualidad, en la cerrada unidad de cuerpo y alma, de vaso y agua, de materia y espíritu.

Unidad de sentido… Pero ¿es *sentido*, en realidad, lo que buscamos?

Como en toda imagen, no se trata de desentrañar su sentido, sino de habitar su misterio.

2

Hay, se diría, una reflexión crítica ideal ejercida a través de la imagen, como si sólo ésta pudiera estar verdaderamente a la altura de su objeto. ¿No es esa la razón por la que se ha dicho que la mejor crítica de un poema es otro poema?

«Leer a Wordsworth –escribió Chesterton– es como beber en el alba, entre las montañas, una copa de agua.» Estas palabras nos han venido al recuerdo en los momentos más diversos, como si la imagen expresada en ellas abriera no sé qué recovecos de apacible intimidad, qué extraños resortes de pacificación interior. He aquí, nos decimos, el poder mágico y sanador de la imagen, del que tanto se ha hablado, y en unas palabras que, por otra parte, no pueden ser más intensas y precisas.

¿De dónde proviene el poder de esta imagen? Descomponer sus elementos –alba, montañas, copa, agua– de poco serviría, puesto que cada uno de ellos, por separado, resulta escasamente significativo, a diferencia de su eficacia dentro de la secuencia. Es esta la que nos seduce, como nos seduce el hecho de que pueda hablarse así, en esos términos, de una obra poética.

La copa de agua lo refresca todo, lo modifica todo en un medio cualquiera. Ese modesto objeto, además, suscita siempre un ambiente placentero, una atmósfera de apacibilidad.

Primera cualidad del vaso de agua: refresca un espacio, lo aclara, lo entrega a la transparencia. Atrae la luz hacia él, y la absorbe.

Tanto en un espacio interior –una sala, un cuarto– como en un espacio exterior –una terraza, un jardín–, el vaso de agua *crea* un ámbito de frescor, de claridad, de translucidez.

3

El agua en el vaso de agua es, en primer lugar, un agua en reposo. Pero el agua, en nuestro inconsciente, y en lo que podríamos llamar nuestro imaginario de la materia, está asociada, ante todo, al movimiento. El agua es, por definición, lo que fluye o, por lo menos, la materia que se agita: en el manantial, en el río, en el mar, y aun en el lago o en el estanque (ah, el viento y sus juegos, sus cómplices rizos en las masas de agua).

El «sueño originario», así pues, del agua –su versión o su estado primero– se halla en contradicción con el agua detenida, rodeada y hasta inmovilizada, diríamos, en los límites del vaso. Puede afirmarse, en consecuencia, que el vaso de agua ofrece, antes que cualquier otra cosa, una suerte de síntesis, o tal vez de alianza, entre movimiento y quietud.

Contemplar el vaso de agua (lo bebamos luego o no) significa ante todo advertir ese equilibrio entre dos estados. De ahí el «aplomo» al que alude el poema de Jorge Guillén. *Aplomo*: «equilibrio», «seguridad», «serenidad con que alguien obra», dicen los diccionarios. Y de ahí igualmente que el vaso de agua constituya, para el poeta, una *visión*, puesto que el agua en el vaso no se encuentra en su estado natural –en su fluidez y en su movimiento–, y contemplarla en ese aplomo suscita la incredulidad, casi obliga a frotarse los ojos. La *visión de tal aplomo* trae consigo, por ello mismo, una serenidad inesperada.

Pero *aplomo* es igualmente «verticalidad» (en la construcción arquitectónica, *aplomar* es comprobar la verticalidad de una cosa). Doble concordancia, se diría: a la del mo-

vimiento y la quietud, que acaba de verse, se suma la de la verticalidad y la horizontalidad, esto es, la alianza del aplomo –armonía y quietud– y la horizontal del agua en equilibrio.

El vaso de agua es una intersección.